

tratados morales presentados á los fieles, en las apologías contra los paganos, y sobre todo, en gran número de libros de controversia dirigidos contra los hereges, siendo digno de llamar nuestra atención, que en el momento en que la Iglesia se vió libre de las persecuciones y el martirio, experimentó el grandísimo dolor de ver desgarrado su seno por sus propios hijos. Los nuevos enemigos de la verdad, eran mas formidables aun que los Domicianos y los Neronés. ¿Qué guerra tan cruel no ocasionaron Arrio y sus secuaces? ¿Cuánto no sufrió de los emperadores mismos, frecuentemente engañados por los obispos mundanos y cortesanos que estaban adheridos al error? ¿No vió renovarse las mas furiosas persecuciones contra aquellos de sus hijos que permanecían fieles, y sobre todo, contra los santos sacerdotes y los santos obispos que la defendían con infatigable valor? Pero estaba en sus destinos el combatir constantemente para triunfar siempre. Mostraron en esta lucha los Santos Padres, la grandeza de su genio y la elevación de sus virtudes. Persiguiendo al error en medio de todas las sutilezas con que procuraba envolverse, desenmascararon su mala fé y refutaron todos sus sofismas. Sus escritos de controversia no fueron solo de gran interés para la época en que se escribieron, sino que convienen á todos los tiempos, establecen grandes principios, sobre los cuales descansan los fundamentos de la Iglesia; proveen de armas poderosas, con las cuales se puede combatir á los novadores de todos siglos. Por otra parte, la actitud firme de estos vigorosos atletas ofrecerá siempre á la posteridad un gran espectáculo. Hacen frente al mismo tiempo á multitud de enemigos conjurados contra la verdad. En vano se emplea contra ellos la fuerza material; ni la espoliación, ni las cadenas, ni el destierro, nada puede ahogar sus voces

animosas; por el contrario, su poderoso talento les comunica mayores recursos en la misma persecución y los infortunios en que se ven sumergidos. El interés que inspiran estos ilustres doctores, estos intrépidos defensores de la fé, nos conduce naturalmente á entrar de lleno en el examen de su vida y los trabajos que por la índole de nuestro libro nos corresponde examinar.

#### PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA.

##### San Atanasio.

No habiendo conservado la tradición ninguno de los discursos de este varón insigne, de este defensor infatigable de la verdad, forzoso ha sido á cuantos han ensalzado el mérito de su elocuencia graduarla por sus escritos, ó lo que es mas acertado, estimarla por sus brillantes resultados en favor de la pureza del dogma y la corrección de las costumbres.

Una lucha tenaz, encarnizada, agitó los días de Atanasio desde que, sucediendo á su maestro, fué elevado á la silla de Alejandría, su patria. La vez primera que se dió á conocer fué en el concilio de Nicea; y Arrio, á quien combatió entonces con gran empeño, no supo perdonarle jamás el éxito de su palabra sobre su doctrina y el destierro á que por su causa fué condenado.

Pocos defensores del catolicismo, en el periodo en que se distinguió San Atanasio, igualarle pueden en constancia, en heroísmo y abnegación: su vida es una serie no interrumpida de combates: el cielo le protege visiblemente en todos ellos, y

le otorga el consuelo de la victoria en medio de las mas grandes aflicciones y penalidades.

San Gregorio Nacianceno nos hace un retrato de este santo obispo: «Elegido, dice, por sus bellas cualidades, desconoció siempre el mérito de que se hallaba adornado: bondadoso, agradable para con todos, nunca se le vió dominado de la ira, ni sus palabras respiraron jamás odio ni venganza contra sus crueles perseguidores: su fisonomía era el espejo de su alma, y su espíritu verdaderamente grande. Era dulce en la reprobacion, insinuante y grave en el consejo; amonestaba como maestro, dirigia como padre, y antes de mostrar el camino que debian seguir, él lo emprendia, hasta el punto de que su virtud fué siempre humillante torcedor de sus enemigos....»

Con tales dotes, con semejantes cualidades, San Atanasio ocupa dignamente el primer lugar entre los Padres de la Iglesia griega: nació en el año 296, y obtuvo todas las dignidades eclesiásticas desde el diaconado, con beneplácito de los buenos cristianos y por aclamacion unánime de cuantos se hallaban interesados en la paz y el sosiego de la Iglesia.

No es propio de este libro detenernos á referir minuciosamente la vida de los héroes á quienes debemos juzgar: sin temor de ser desmentidos, fundamos nuestros juicios en los datos que los historiadores piadosos nos suministran, pero no por esto repetir debemos sus elogios bajo el punto de vista de la perfeccion y santidad que alcanzaron.

Atanasio, como orador, nació para vencer, nunca para sucumbir: semejante á un general experimentado, no se espone sino cuando sabe que ha de salir victorioso; se retira á tiempo de la arena del combate, y aparece repentinamente captándose la admiracion popular. Elevado á la silla de Alejandria en

un período de lucha, colocado providencialmente entre la antigua y la nueva civilizacion, Atanasio representa en la historia una de las épocas mas grandes y uno de los triunfos mas brillantes de la religion que profesamos: desterrado por Constantino, proscrito por Constante, muere por último el año 373, en su silla patriarcal, de la que habia sido lanzado cinco veces y permanecido ausente por mas de veinte años: cuando no era su palabra, fueron sus escritos los que llevaron el aliento y la fé á los espíritus abatidos de sus hijos mas queridos.

Grandes enseñanzas se desprenden de la conducta de San Atanasio: los oradores deben aprender en él la *decision*, la *constancia* y la *oportunidad*, dotes necesarias al sacerdote que se dedica al ministerio de la predicacion: hoy esas prendas bastarian, como entonces, para subir con éxito á la cátedra del Espiritu Santo, y muchos de ellas tienen gran precision.— Valor es preciso en nuestros dias para arrostrar la indiferencia que domina los corazones; empeño y teson para no ceder á las sugerencias de la vanidad ó las criticas de la envidia; tino, tacto esquisito para saber dónde, cuándo y cómo se debe predicar. Para algunos, el ministerio del púlpito parece una rutina; para otros una ceremonia sin resultados; tal al menos dan á entender los que predicán ante un auditorio sin haberle estudiado, ó los que aprendido un sermón, para todas ocasiones y lugares les parece bien.

Educado San Atanasio en la desgracia, perseguido siempre este modelo acabado y perfecto de un buen pastor del rebaño de Jesucristo, supo sacar un gran partido de su difícil posicion: refugiado en los desiertos de Egipto, sin otro alimento que el que rara vez le proporcionaba la caridad de un admirador respetuoso de su virtud, cumplia fielmente los deberes

de maestro y de guardador: en el fondo de su inaccesible retiro el alma de Atanasio, lejos de dejarse abatir, se siente animada de un nuevo celo por la causa de la Religión; despreciando las aflicciones en que se vé sumido, no piensa mas que en combatir el error y en afirmar la fé de los fieles con elocuentes escritos, que compone con tanta facilidad como si hubiera vivido tranquilamente en su palacio. «Copiados por manos fieles, dice Villemain, estos escritos, como en otro tiempo los de Orígenes, se repartían instantáneamente en todas las sociedades cristianas del Oriente. Desde el fondo de su gruta, Atanasio era el Patriarca invisible del Egipto; tenía para servirle, para ocultarle, para defenderle, la misteriosa y entusiasta milicia del desierto.»

Cuando después de seis años de una vida errante y solitaria se le permitió ocupar de nuevo la silla de Alejandría, Atanasio recogió el fruto de sus trabajos: su vuelta fué un triunfo superior á los que el imperio romano concedía á sus mas ilustres defensores. Un pueblo inmenso se hallaba fuera de los muros de Alejandría, esperando su llegada; las riberas del Nilo cubiertas de espectadores, las aguas surcadas por miles de vistosos barcos, la mar iluminada por fuegos de artificio colocados sobre las altas torres del Musen. De esta manera se esperaba á un santo, al defensor de la fé, al constante centinela de las iglesias de Oriente. La modestia de Atanasio se resentía de estas demostraciones, y ante todos las calificó de preságios seguros de nuevas contrariedades. Así sucedió, en efecto; Juliano suscribió á los deseos de sus enemigos, obligándole á retirarse á la Tebaida; Jovino no supo cortar de raíz las influencias que le eran contrarias; y Valerio le inquietó de nuevo, hasta el punto de verse precisado á ocultarse al seno de la tumba de su padre.

Entre las grandes cualidades que distinguían á Atanasio, debemos contar el amor que profesaba á su Iglesia y el acierto para conocer á los hombres, á quienes había estudiado en la prosperidad y el infortunio; todos estos datos de su vida son de interés al juzgarle como orador, porque el sentimiento de la pátria y el conocimiento del corazón humano, fueron siempre grandes cualidades para ejercer con fruto el ministerio augusto de la palabra. Si el orador político no siente arder en su pecho la llama del patriotismo, si el orador forense no ha procurado y conseguido sondear los mas profundos arcanos del alma, ni el orador político, ni el orador forense, sabrán nunca llenar su misión: si el sacerdote no ama su Iglesia, si es tibio en los sentimientos que ha de despertar, si ignora los móviles del entusiasmo y la estension de las pasiones, el sacerdote no debe subir al púlpito, debe abstenerse de ocupar la cátedra de la verdad.

Amenazado del destierro cuando se hallaba en su silla, y de muerte cuando estaba en el desierto, Atanasio luchó cerca de cincuenta años contra una falange de hombres sutiles y razonadores, profundos en intrigas, cortesanos flexibles, amigos del príncipe, árbitros del favor y de la desgracia, calumniadores infatigables y envidiosos de su gloria y su virtud. Logró siempre desconcertarles, confundirles, sin que jamás pudiesen censurarle en lo mas mínimo, ni echarle en cara una falsa retirada. Les hizo temblar hasta cuando huía ellos, para sepultarse vivo en las sinuosidades del desierto. Leia en los corazones y en el porvenir, por lo cual los católicos llegaron á persuadirse que Dios le revelaba los designios de sus enemigos, los arrianos le acusaban por mago, y los paganos pretendían que estaba versado en la ciencia de los augurios y entendía el lengua-

je de los pájaros; hasta tal punto su prudencia venia á convertirse en una especie de adivinacion. Nadie escogió mejor que él, los momentos oportunos de descubrirse ó de ocultarse, los de la palabra ó del silencio, los de la accion ó del descanso. Supo fijar la inconstancia de su pueblo, hallar una nueva patria en los lugares de su destierro y un gran crédito en la estremidad de las Galias, en la ciudad de Treves, en Egipto y en el seno mismo de Alejandria; sostener correspondencias, manejar protecciones, animar á los mas tímidos, escusar las debilidades con una caridad y una bondad de alma que nos deciden á sostener, que si aceptó algunas veces las medidas de rigor en materia de religion, era mas por precision que por principios y por carácter. Juliano, que no perseguia á los demás obispos, al menos abiertamente, miraba como un golpe de Estado el quitarle la vida, creyendo que el destino del Cristianismo estaba adherido al de Atanasio.

«Juzgais bien si pensais, dice Villemain, que los escritos de un hombre tan extraordinario no pueden considerarse únicamente como obras de teología. Si trata acerca de sus dogmas oscuros, impenetrables, su fin es fundar una unidad religiosa que la victoria misma de los cristianos y la division del imperio en dos grandes estados, hacian mas difícil: Atanasio habia calculado desde el primer dia toda la fuerza de su voluntad, y aceptó sin vacilar el cumplimiento de esta obra tan gigantesca.»

Aun cuando sus principales discursos tenian por objeto enaltecer la pura doctrina de la Iglesia, Atanasio luchó contra la idolatría, que en su tiempo y por el carácter de Juliano, era muy comun en el imperio. El lugar mismo de su nacimiento y de sus primeros trabajos le llevaron á esta controversia;

porque si bien la fé cristiana habia pasado de la Judea á Egipto, en ninguna parte era mas amenazador y mas inestinguible el politeísmo que sobre esta tierra de los Faraones, donde nada perecia, ni la realidad, ni la mentira; donde la antigüedad misteriosa de los documentos conservaba la antigüedad de las creencias; donde la vida era tan fuerte que parecia una emanacion divina, visible en todas partes, y donde la imaginacion supersticiosa del pueblo hacia aparecer incesantemente nuevos dioses, como el cieno escaldado del Nilo multiplica los reptiles.

Por otra parte, el genio griego, viniendo á imponerse al Egipto por la conquista y por las colonias, lejos de destruir tantos elementos de ciega credulidad, mezcló allí en confuso desórden las divinidades todas de la imaginacion y de la poesia; y aunque su culto llegó á debilitarse con el amor mismo del arte, cuando la filosofia y el Cristianismo hubieron comenzado á desacreditarle, no por esto las divinidades monstruosas de la antigua Menfis perdieron para siempre su poder.

El primero de los escritos de San Atanasio, y el mas notable para comprender el fundamento de nuestras apreciaciones, es el *Discurso contra los Paganos*, dividido en dos partes; una relativa á la vanidad de los idolos, y la otra encaminada á demostrar la existencia del verdadero Dios. Es una de las apologias mas sábiamente dispuestas: en el análisis hay siempre claridad y elevacion filosófica, notándose bien que supo apreciar en su justo valor la última fórmula de la idolatría, puesto que la invencion de las artes, atribuida á los dioses, no era otra cosa en realidad que la apoteosis del hombre, como en nuestros dias la deificacion de la razon, no es otra cosa que una manera hipócrita de disculpar nuestros extravíos y oscurecer nuestra pequeñez. San Atanasio opuso al orgullo humano las dos grandes

ideas de la unidad de Dios y la inmortalidad del alma humana; clave de todos los grandes principios de la filosofía católica, cuyo triunfo es tan seguro en el orden de la fé, como en el de la evidencia de nuestros propios sentidos. El sacerdote que se dedique al ejercicio de la predicación, hallará en el discurso de San Atanasio sólidos argumentos para rebatir la nueva fórmula aceptada en nuestros días por la vanidad y la presunción humana.

En todos sus escritos (1) San Atanasio ataca el error con una poderosa fuerza de espíritu, se apodera del verdadero punto de la dificultad, se desprende de los oscuros principios que el sofisma se había propuesto introducir en la Religión, espone el dogma con claridad y confunde por último á sus impugnadores por la solidez de sus razonamientos. Es grande y sencillo á la vez cuando refiere sus sufrimientos y los de la Iglesia; en cualquier género, su convicción es sublime, pero no es vario, y carece de los ricos adornos de la antigua tribuna; no se propone agrandar por la imaginación; escusa el patético hasta el punto de que cualquiera diría, que intencionalmente huye de parecer orador vehemente y persuasivo, queriendo se le tenga por un depositario impasible de los dogmas de la fé.

Las elevadas teorías de la escuela filosófica de Alejandría, de la escuela cristiana, no son para Atanasio mas que el primer paso hácia el dogma, del cual es él su mas fiel intérprete; tómalas en consideración en cuanto le conducen al símbolo de Nicea todo entero; así es que desde su discurso contra los idólatras, obra maestra de buen sentido social y de lógica, pasa inmediatamente á las profundidades de la teología y á la condenación del racionalismo de Arrio.

(1) Véase la biblioteca de los PP. y Doctores de la Iglesia, de Mr. Tricalet, tomo 2.º

Tal fué la grande obra llevada á cabo por el genio de un hombre, y consagrada por veinte años de persecuciones.

«He ahí, dice el Abate Henry, por qué Atanasio lucha contra todos los gefes del imperio, desde Constantino hasta Juliano, desde el protector interesado de la Iglesia hasta su mistico adversario. He ahí por qué ha sido, no tan solo el promovedor mas eficaz de la fé y del culto, sino tambien uno de los mas atrevidos perseguidores de esa política religiosa que gobernó al mundo en la edad media.» Roma, al canonizar á Atanasio, ha dicho por boca de Gregorio VII, «que no había existido desde el tiempo de los Apóstoles un defensor mas poderoso de la Iglesia.» Y con efecto, si en los miles de años que median entre estas dos fechas memorables nos fuese preciso designar un hombre que participó del antiguo mundo y del nuevo, que trajo á la memoria el entusiasmo del Cristianismo naciente é hizo presentir el poder del Cristianismo adulto, que fué el primer ciudadano de la ciudad cristiana, un legislador, un héroe, un santo, de seguro no hallaríamos otro mas á propósito que el del Patriarca y el desterrado de Alejandría; que el del griego Atanasio.

El trabajo de su vida, la sutileza de su genio, la constancia de su voluntad, las consecuencias de su persuasión, sus combates y sus sacrificios, se concentraron particularmente sobre la sublime metafísica del Cristianismo; en una palabra, la parte divina de la Religión, pues esta era para él, en último término, el porvenir religioso del mundo.

Las numerosas y estrañas sectas producidas en los primeros tiempos del Cristianismo por la evolución del espíritu oriental, comenzaban entonces á desaparecer; pero una secta nueva se elevaba, y esta era mas metódica, mas sencilla, me-

por formada para aspirar á ser universal; era la doctrina de Arrio, doctrina envuelta desde su nacimiento en sutilezas escolásticas, pero que descubria en el fondo lo mismo que descaradamente se atrevia á negar. Para comprender todo el genio de San Atanasio, toda su importancia como orador, basta tener en cuenta el poder de esa secta. El arrianismo, que un siglo despues de haber desacreditado el politeismo y dado á la filosofía que le combatia un ascendiente grandísimo contribuyó providencialmente á la rápida propagacion del catolicismo, se componia entonces de una falanxe de hombres poderosos, inquietos, obstáculo á la armonía de los fieles, motivo de escándalos y rémora constante de la marcha triunfadora de la doctrina del Calvario.

San Atanasio nos ha conservado un discurso muy apreciable de San Antonio; bella profesion de humildad, de sencillez, de fervor y de buen sentido, segun la opinion de un escritor ilustre, con el cual estamos enteramente de acuerdo: San Antonio y San Atanasio representan, segun Villemain, las dos fuerzas extremas de la religion, la ciencia y la sencillez, la elevacion metafisica y la fé, trabajando por conseguir el imperio de la verdad, desde el museo de Alejandria, hasta las cavernas más silenciosas del desierto.—San Atanasio murió el año 373.

#### San Gregorio Nacianceno y San Basilio.

He aquí dos nombres que por circunstancias diversas no podemos menos de hermanar, dos nombres que representan en la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA el principio de un período notabilísimo, el nacimiento de una nueva forma, de un nuevo estilo en la predicacion del Evangelio.

Gregorio, nacido el año 328 en Arianzo, pueblo del territorio de Nacianzo, en Capadocia, y Basilio, natural de Cesárea, metrópoli de Capadocia, que vino al mundo el año 329, son los primeros que emplean con éxito los recursos del arte en la cátedra sagrada. Comprendiendo que en la nueva lucha que ya se dejaba vislumbrar era preciso defender la Religion de diversa manera que se habia verificado antes, discípulos de la escuela de Atenas, libres de la corrupcion general y enemigos de las diversas sectas que se disputaban el dominio de la opinion, Gregorio y Basilio se resuelven á combatir el error por los medios que este intentaba imponerse á los hombres, y aceptan desde luego la pelea á campo abierto y sin vacilar.

La lengua griega era todavía la lengua sábia, el idioma de la filosofía y de la elocuencia, no solo por su pureza, sino por su admirable flexibilidad, su armonía y su abundante y rica diction. La lengua griega pareció con razon á Gregorio y á Basilio la más propia para esponer la doctrina salvadora en la culta Atenas, soberana del saber, no obstante apellidarse Roma en este tiempo la reina del mundo. El estudio de los clásicos griegos y romanos, las lecturas públicas de Homero y de Virgilio, de Sófoles y de Horacio, de Platon y de Aristóteles, de Demóstenes y Ciceron, tenian tantos encantos, ofrecian tantos atractivos, que los nuevos cristianos no podian prescindir de su lectura, á pesar de las severas prohibiciones de los primeros tiempos; tampoco podian dejar de asistir al circo por una involuntaria costumbre, no obstante ser este un sangriento espectáculo que la Iglesia rechazaba, llegando á parecer el mayor sacrificio que pudiera exigir la nueva fé á los neófitos que la abrazaban, el abstenerse de una y otra complacencia. La primitiva sencillez de los tiempos apostólicos habia pasado; ya